

La hermandad del azar

Edgar Esquivel

*¿Quién te ha dado el derecho de creer
que la vida es como tú crees que es?*

Mario Santiago

*Decimos palabras que se burlan de la realidad.
Al final, la realidad se burla de las palabras.*

C.F.

PRELUDIO: *THE BREAKFAST LESSONS*

La creación, y las vidas realmente dedicadas a ello, no soslayan complejidades ni contradicciones personales. Se desprende de ahí una generosidad propia también. Aun la crítica más irracional existe y tiene sentido debido al acto creativo, sea cual sea su postura. Es posible y deseable que la crítica como tal no posea la virtud de la creación, pero sí la de debatir en torno a ella: las antítesis confrontadas arrojan algo nuevo. De la vida pública y privada de los artistas puede decirse que subyace sobre el más delicado equilibrio. Y aun su supervivencia, en uno u otro ámbito, no deja de ser una extensión de convicciones, necesidades y aspiraciones.

Pero sucede que los creadores se construyen y ocurren, *son*, trascienden, dan motivos y generan actitudes, a veces contribuyen a engendrar cambios en las sociedades. Acaso la posteridad es caprichosa porque altera la carne, el alma y las entrañas de las personalidades, a veces envilece *a posteriori* o simplemente destierra percepciones a contracorriente. Atrás no se quedan los empeños igualmente caprichosos, pero ajenos a una obra —irrestringidamente individual—, que insisten en desmerecer o enaltecer sólo fragmentos de una vida que al final, vaya obviedad, es sólo una.

Háblese, que honor y necesidad será, incluso más en la desmemoria forzada, el juicio abyecto o dentro del coro de la generación en turno. Olvídense, pues intento vano

y no más que un plato servido por la mañana será. Analícese, que aun los momentos débiles o de confusión, que los hay siempre, son oportunidades y señales de un cambio de piel. Destiérrese, que alguna actualidad prevalecerá. Rememórese, que emoción, dolor, razón y un tiempo será.

I

Carlos Fuentes publicó en el 2008 *La voluntad y la fortuna*, que es la historia de un asesinato, el de Josué Nadal, cuya cabeza yace en la costa de Acapulco. Narra desde ahí su desafortunada zaga, consumada al calor de las obsesiones y ambiciones de los involucrados en esta intriga política, cuyo destino es encarnado por una mujer indómita, deseable, insaciable e inasible. *Fui cuerpo, ¿seré alma?*

Josué, discreto estudiante de una escuela católica severa, va construyendo su vida a partir de su inexplicable orfandad y el encuentro decisivo con Jericó, su amigo-hermano mayor, solitario y sin apellido, con quien genera una intimidad tal que determinaría el futuro de sus días. En una escena infantil que es común, Josué es defendido por Jericó ante un intento de agresión perpetrado por una mayoría escandalosa que veía en la prominente nariz del afectado un símbolo de la diferencia que amenaza e incomoda. Es a partir de ese momento que la vida de estos dos personajes da un giro, pues para el primero significó abandonar la soledad que le propiciaba la casona donde vivía en compañía de un intento de madre sustituta, María Egipcíaca, y para el segundo representó un acto que daba por concluida su carencia de compañía verdadera y la oportunidad de seguir brindando pro-

tección a su nuevo amigo-hermano. Compartían ya un mundo, estaban juntos y nada les faltaría: todas sus vivencias tendrán un punto de partida y un regreso. Así, si el encuentro de Josué Nadal y Jericó, *le debía mucho a la casualidad, que es azarosa, también existía una deuda con el destino, que es la voluntad disfrazada.*

Poco a poco se desarrolló una relación envidiable entre los dos amigos, donde el compartir experiencias (mujer y libros, es decir, la vida misma) intensificaba sus actos, así como su desprecio por la vida familiar, cuyo referente únicamente era Errol Espanza —un tercer amigo— distante e intermitente, quien padecía el infortunio de tenerla, pese a la riqueza material que le rodeaba: paladines del encaje, el mal gusto, la superficialidad y la miseria moral. Esta desgarradora historia familiar los confirmó en la fraternidad como la *señal certera de la orientación de sus vidas. Así, la hermandad fue en la inteligencia y la razón, no en la sangre, sino en el ponerse mutuamente contra la pared, y el hacerse dudar uno del otro, eso definió también el futuro de esa amistad.* Infancia es destino, como decía el psicólogo mexicano Santiago Ramírez. Los amigos recibieron también, de manera acuciosa y entrañable, las enseñanzas del crítico y rebelde religioso Filopáter, guía espiritual que contribuyó en buena medida a despertar y precisar las curiosidades, inquietudes, dudas, certezas, creencias, miedos, obsesiones y deseos del amistoso dueto.

II

Creecerían los amigos, aprendiendo a pensar, sentir, olvidar y luchar, todo a partir de los extremos, con la promesa de seguir ade-

lante y abandonar todo lo que no fuera esencial y trascendente, aborreciendo la superficialidad social, hasta que llegó el momento de su primer separación. Las elecciones de la vida estaban a un paso y decidieron el comienzo de sus destinos. Jericó partía a Francia, en apariencia becado, mientras que Josué estudiaría Derecho en la Universidad Nacional, al amparo y enseñanzas del poderoso abogado Antonio Sanginés.

Para Josué, como para todos, la vida está llena de encuentros y desencuentros, desfilan a su paso todos los artifices de su destino, irremediamente fatal, tejiendo entre cada experiencia definitoria del personaje una misteriosa e insoportable red de complicidades que le son desconocidas, pero no ajenas. De este modo y ante la inevitable separación de Jericó, Josué inaugura otros mundos: estrecha su relación con Sanginés, se introduce en una parte esencial del sistema penitenciario mexicano a través de la cárcel de San Juan de Aragón y su vigilante eterno, Miguel Aparecido —el preso voluntario por la amenaza latente que siempre es, que cuestiona como profeta sobre la verdadera culpabilidad de los hombres—; y el primer amor se anuncia dependiente y espontáneo, tiene por fin forma y nombre: Lucha Zapata, *polidroga* que ata, pero que no ciega.

Pasado el tiempo esa ausencia inesperada augura un retorno, pero la camaradería de Josué y Jericó se ponía a prueba. En la segunda etapa de su relación ya no estaba el inocente impulso de la infancia. Dejaron de ser compartidas las experiencias y los pasados inmediatos; el porvenir se asomaba inclemente exigiendo las definiciones que a todos los hombres les llega: *la política es el último recurso de la inteligencia*. Efectivamente, la falta de talento para otras actividades determinaba sin cuestionamientos los pasos próximos de los aún amigos Josué y Jericó. Trazos paralelos, pero nunca más el mismo camino. El adagio de Errol Esparza, oráculo alejado y perdido con la familia rota a cuestras, se cumplía cabalmente: *lo mejor que les podía ocurrir era entrar a la política, como única opción de encontrar un camino entre lo que se quiere ser y lo que la sociedad permite*.

Las oposiciones y la desconfianza crecen, los secretos también. Ahora se compartía

el misterio. Y al mismo tiempo que esto se suscitaba, Antonio Sanginés veló porque se determinaran los rumbos de cada uno. Jericó era asesor del presidente Valentín Pedro Carral, cuya labor fue la de crear nuevos héroes nacionales; la fórmula correcta de inaugurar la buena *Historia* que este país necesita como droga para seguir olvidando que somos ya olvido. Mientras, Josué enriquecía su visión del mundo tratando de comprender los alcances y los principios del ámbito económico a través de Max Monroy, símbolo de la otra cara del poder, al tiempo que descubre una nueva pasión: Asunta Jordán, símbolo inequívoco de la fusión de frialdad y el éxtasis; la encarnación del destino.

El presente inédito de los dos jóvenes les hace presa de una filosofía que poco o nada tenía que ver con las enseñanzas del padre Filopáter en la infancia y que el empresario Max Monroy, poseedor de todo, aplicaba inmisericorde: *la vida no es asunto de partidos o de cronologías. Es cuestión de saber qué fuerzas actúan en un momento dado. Buenas o malas. Saber cómo resistirlas, aceptarlas, encauzarlas*. El otrora y constante cuestionamiento mutuo sobre qué queremos, qué tememos, adónde nos dirigimos,

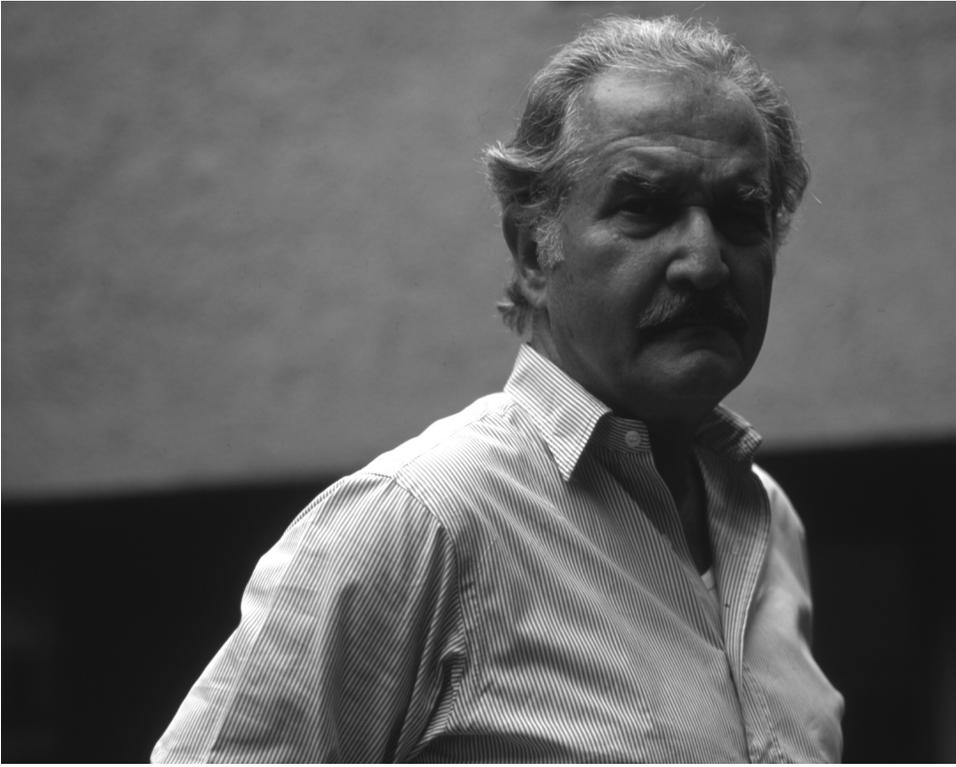
que había frecuentemente entre los dos amigos-hermanos comenzaba a tomar forma más que por sus voluntades por el azar, porque *por mucha voluntad y mucha previsión que le pongas a un asunto el azar siempre jugará su carta. Estar preparado para lo inesperado, darle la bienvenida a la fortuna —buena o mala— y sentarla a cenar. El camino es anticiparnos a la realidad*.

III

Cada vez era más evidente el distanciamiento: Josué y Jericó dejaron de vivir juntos y el primero se propuso ser indiferente a la atracción insana que sentía por Asunta Jordán, indiferente ante la vida y su amistad —ahora incierta— con Jericó. *Indiferente hacia la belleza, la salud y la fortuna*, lejano del vicio y la virtud. De igual forma Josué temió caer en la soledad irredenta, el suicidio o la justicia. Quiso, en suma, *evitar las pasiones, considerándolas la enfermedad del alma*. Por su parte Jericó evolucionó hacia la ambición y la locura, su traición.

Toda amistad reposa sobre un mito y lo representa, la de los dos amigos fue la *deuda*. Sobre eso fundaron una alianza para





Carlos Fuentes

toda la vida. Y al final, ¿cuál fue el resultado de la búsqueda que emprendieron por la voluntad y la fortuna?, ¿ideas propias, vida propia, sin contradicciones propias, naturaleza propia? Jericó lo resumía así: no debemos ser únicamente *pienso* y *soy* para que la realidad de la vida funcione como queremos o necesitamos que lo haga, cambiamos. Legitimidad y obediencia a nuestras conciencias. Voluntades contrarias, opuestas, como sus lecturas. Conocerse a partir de las diferencias y los complementos: libertad, opresión, fe, razón, Dios, poder.

El juego de la vida comenzó entonces: la fortuna, la virtud, la necesidad y la fuerza se conjugaron y todos los hechos se precipitaban cual brote de fuente que acude sin más al caudal del río. Por un lado la muerte de los padres de Errol Esparza a manos de la intriga de la amante del esposo, Sara Pérez, en contubernio con Maxi Batalla, delincuente fugitivo de la cárcel de San Juan de Aragón. Por otro la presidencia superficial y remota de Valentín Pedro Carral, a quien Jericó traicionó lentamente al asumir sus decisiones, *esa abeja reina de poder. El poderoso no quiere saber lo que se hace en su nombre, el gran criminal secular lo sabe y lo ordena.* Así, Jericó comenzó un intento de resistencia civil —un cuerpo de choque con reos fugados de la prisión de Miguel Aparecido— para derrocar al poder a través del

poder mismo, teniendo al rencor, el resentimiento mexicano, como el abono de su movimiento. Al final, Jericó y su ideología fantástica fueron derrotados, su *sueño intelectual no pasó la prueba de la realidad.* ¿Perdieron las ideas (lecturas) o la vida? ¿De quién fue la ilusión perdida? *Una cosa es basarse en la realidad. Otra cosa es crear la realidad.* Jericó se convirtió en un traidor que confundió la acción revolucionaria con un juego de policías y ladrones.

Mientras tanto Antonio Sanginés, el abogado-consejero del poder político y del poder económico, era escuchado y reconocido, permanecía siempre expectante ante la evolución profesional de los dos amigos, de cuya existencia fue garante. Decía que el *afán de poder nos conduce a esconder defectos, fingir virtudes, exaltar una vida ideal, ponernos las mascaritas de la felicidad, la seriedad, la preocupación por el pueblo y encontrar, cuando no las frases, siempre las actitudes apropiadas.* Sanginés ganaba, perdiera quien perdiera ante la vida, Josué o Jericó. *¿Cómo ser dueño de nuestras pasiones sin sacrificarlas?* A su vez, Max Monroy, el sinónimo de la prudencia y la cautela, desplegaba sus máximas como ejemplo de vida, siempre vigilado por el fantasma de su madre, la matriarca absoluta que siempre corría delante del poder, la Antigua Concepción. Recordemos: *si nuestras vidas individuales*

no cuentan es porque somos parte de una suma colectiva. No ignoremos lo que necesitamos para sobrevivir. La diferencia entre Monroy y el presidente Carral será ésa: *el empresario quiere crear la necesidad para crear el órgano. El político crea el órgano y se olvida de la necesidad.*

Y Miguel Aparecido clamaba justicia sorda, ante la liberación de algunos reos que consideraba poco menos que verdaderos humanos, particularmente del más peligroso: Jenaro Ruvalcaba. La venganza es contra uno mismo, decía. *La fugacidad es nuestro destino, pero la libertad es nuestra ambición y tardaremos mucho en entender que no hay más libertad que la lucha por la libertad. Estoy aquí porque quiero. Me gusta la cárcel porque la cárcel me protege de mí mismo. Me gusta la cárcel porque aquí tengo un mundo que comprendo y me comprende. Somos cuerpo, somos alma y jamás sabremos cómo se unen la carne y el espíritu.* Quería creer Miguel Aparecido, el preso voluntario, como si sólo en este mundo nuestra búsqueda fuera comprensión.

El tema con él era saber hasta dónde realmente, en el asunto de los crímenes y los castigos, se podía salvar el alma sin la salvación del cuerpo y hasta dónde podemos delinquir sin que necesariamente nuestras almas sean castigadas, o al contrario, si podía el alma pecar sin que el cuerpo permaneciera limpio y puro.

IV

Parecía que un dejo de falsa normalidad comenzaba a asomarse en las vidas tribuladas de Jericó y Josué. Lo que implicaba no la dicha, sino la derrota de la vida ilusionada y exigida. Al fracasar la insurrección de Jericó, los delinquentes que le apoyaron regresaron a la prisión de Miguel Aparecido, y como saldo se despliega el secreto de su origen como primer hijo de Max Monroy, cómo reprimía en prisión los deseos de matar a su padre: la justicia divina ante el abandono y el desquiciamiento de la madre-niña, Sibila Sarmiento; desvirgada a los 14 años por Max Monroy ante la terca necesidad y la ambición de la Antigua Concepción, quien en todo momento asociaba su voluntad a su fortuna, para incrementar las tierras familiares.

Es así que las verdades y la fuerza de Max Monroy se apoderan de la historia a través de Asunta Jordán, su asistente y amante, objeto del deseo de los amigos, que dejaron de serlo para convertirse en celosos rivales y hermanos de sangre; compartían finalmente el origen que les depa- ró su suerte. No fueron Cástor y Pólux, tampoco Caín y Abel, sino hijos, el segundo y el tercero, de Max Monroy, herma- nos de Miguel Aparecido.

Al final de sus días y ya separado de Josué por segunda vez, Jericó fue no sólo el protegido de Asunta Jordán (*puesto a buen recaudo*) ante la venganza del poder político por la rebelión que había incitado, sino también la mezcla perfecta de voluntad y fortuna que desconoció la necesidad, quien exploró el mal en sí mismo descubriendo que es el único enemigo válido de un hom- bre valiente. Nunca dejó que lo conociese nadie. Nunca se supo si de verdad actuaba por su cuenta o no en el intento de rebelión frustrado.

Jericó amaba a Asunta Jordán, manza- na de la discordia entre los hermanos, y la respuesta de ésta como parte de su estrate- gia fatal fue hacerle ver y creer que era ya posesión de su hermano Josué, quien sin dejarla tampoco de amar, nunca pudo en- tender el juego, nunca dejó de cuestionar ni cuestionarse el equilibrio entre el dog- ma de la religión y la razón, parecía que no dejaba de vacilar, ante el reclamo de su hermano por no definirse. Para Josué *el siglo fue el tiempo del mal llevado al extremo de saberse mal y celebrar el mal como el gran bien de la voluntad y la fortuna*. El mundo de Josué se venía abajo con la mirada ase- sina del hermano, del amigo. El odio en Jericó fue el resultado de la derrota, del desdén erótico de Asunta, del engaño de Monroy y del triunfo político del presidente, así como de saber que de no haber sido por ella mis- ma, su final hubiera sido distinto, no co- mo el que verdaderamente le hizo padecer.

v

¿Cuánto tardaremos en aprender que por más voluntad que tengamos, el destino no puede ser previsto y la inseguridad es el clima real de la vida? ¿Hasta dónde fue la voluntad

de Max Monroy la que dirigió las vidas de Jericó y de Josué? Lo cierto es que si no los dejó en el desamparo —para evitarles una desgracia similar a la de su hermano Mi- guel Aparecido—, sí sin referente familiar alguno. Monroy heredó la voluntad y la fortuna de su madre, la Antigua Concep- ción, a cambio de la necesidad, pero dejó que la voluntad y la fortuna jugaran libre- mente para formar el destino de sus tres hijos. La vida de los amigos-hermanos, Cás- tor y Pólux, se resolvió bajo los auspicios de la traición. Los hechos mismos los ale- jaron de forma gradual y las dudas contri- buyeron enormemente al antagonismo. Sus afinidades electivas se manifestaron con cordialidad primero, con creciente anta- gonismo profesional y amoroso después. El fracaso de Jericó y todos los cambios su- cedidos fueron muestra de que esas dudas prevalecieron sobre su camaradería con Jo- sué, en su porvenir.

Azar, libertad, voluntad, virtud, fortuna, necesidad: los acontecimientos finales en la vida de Josué Nadal fueron la antesala de su fatal ausencia, perpetrada por la encar- nación femenina del destino. Se le ofrecen unas vacaciones en Acapulco, en una casa propiedad de Max Monroy que jamás ha visitado, con el fin de que descansara, de que tomara la vida con calma ante la sacu- dida de los hechos: descubrir su origen y verdadera identidad, la desaparición inex- plicable de Jericó. Los avances a su tesis pen- diente sobre Maquiavelo y el Estado Moder- no, sus cavilaciones sobre qué pasa cuando usurpamos un destino o luchamos toda la vida para evitar uno o construirlo; la incer- tidumbre que se le despertó sobre si había sido realmente dueño del suyo y su circuns- tancia quedaron truncados por la repenti- na llegada de Asunta Jordán. El desamparo y lo inesperado, el destino, se mostraban tal cual. La ambición de Asunta Jordán de ser la heredera universal de Max Monroy alcanzaba a Josué Nadal cuando la mano fría y cegadora de Jenaro Ruvalcaba, abo- gado criminal y prófugo de la cárcel, se ade- lantó. ¿Caer es el símbolo de la vida que deja de ser? Fui cuerpo, seré alma.

Sólo la conciencia del espíritu de Josué Nadal contó con la fuerza para ver que final- mente Lucha Zapata lo vengaba a destiem- po y que Miguel Aparecido sobreviviría.

EPÍLOGO

Cuando Juan Cruz le preguntó a Octavio Paz sobre cuáles habían sido los resultados de la experiencia humana del siglo xx, éste respondió que *los hombres, como especie, cambiamos poco. Desde el paleolítico nues- tras actitudes básicas —instintos, emociones, pasiones— son las mismas. Cambian las socie- dades: las ideas, las técnicas, las instituciones. La historia es cambio y la sociedad es el suje- to y el objeto de los cambios. Nuestro siglo ha sido un periodo de grandes transformaciones y trastornos. Un siglo terrible, uno de los más crueles de la cruel historia de los hombres.*

En el mismo sentido hace ya algún tiem- po, el profesor inglés Moses I, Finley, uno de los historiadores modernos que contri- buyeron a un mejor entendimiento de las formas de gobierno de la antigüedad, nar- raba una breve historia que fue atribuida a Plutarco en la que se sucedía lo siguiente: *en una ocasión en que Atenas se preparaba para una votación, un “rústico analfabeto” se acercó a un hombre y le pidió que escribiera en su tejuelo el nombre de Aristides. El hom- bre le preguntó qué daño le había hecho Aris- tides, y recibió esta respuesta: ninguno en abso- luto, ni siquiera conozco al hombre, pero estoy harto de oírle llamar en todas partes “el Justo”. Después de esto, Aristides, pues naturalmen- te él era el hombre, escribió debidamente su propio nombre como se lo habían pedido.*

Lo anterior, simple y revelador, es una forma de atestiguar que realmente como es- pecie, y más en asuntos de política, hemos cambiado muy poco o nada. ¿Cómo defi- nimos la vida, nuestras vidas, cuando aún antes y después de Nicolás Maquiavelo la política y la lucha por el poder han determi- nado de manera vacilante y caprichosa nues- tras actitudes, destino y decisiones?

Las grandes palabras, los conceptos uni- versales como democracia, justicia, liber- tad, fraternidad, igualdad nunca han dejado de estar presentes en el ideario colectivo, ya no digamos en los representantes más im- placables del pensamiento humano. En este sentido, si hay una condición humana que nos determina y explica, ¿cuál es el verda- dero juego de la fortuna, la virtud, la nece- sidad y por supuesto, de la voluntad?, ¿cuál el verdadero sentido de desear cambiar el mundo si al final sigue igual? **U**